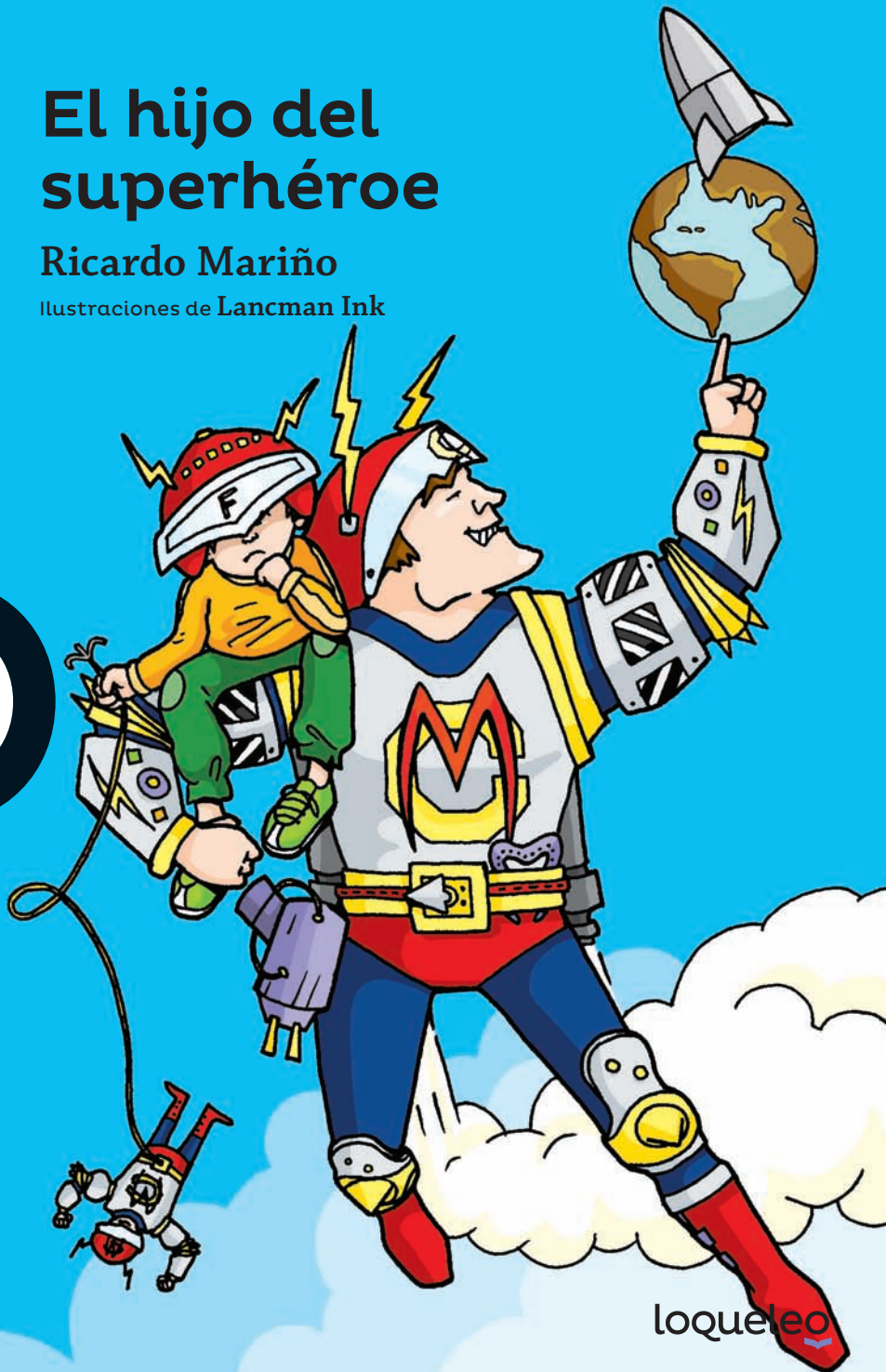


El hijo del superhéroe

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lancman Ink





www.loqueleo.santillana.com

© 2001, RICARDO MARIÑO
© 2001, 2010, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4328-9
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones (originales a color): LANCMAN INK

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

El hijo del superhéroe / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Lancman Ink. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

104 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4328-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lancman Ink, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2015 en Artes Gráficas Color Efe, Paso 192, Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

El hijo del superhéroe

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lancman Ink

loqueleg

PRÓLOGO

La vida del hijo de un famoso cantante, del presidente de un país o de un alto empresario debe de tener sus desgracias particulares.

Me cuesta pensar que alguien tan importante, que pasa el día viajando de un lado a otro y atendiendo asuntos en los que se ponen en juego grandes sumas de dinero, pueda tener tiempo para jugar un partidito de fútbol con el hijo en una plaza o participar de la reunión de padres del colegio.

A alguien así puedo imaginarlo comprando una enorme casa con cancha de fútbol incluida, o anotando a su hijo en la escuela más cara del país, donde a los directivos no se les ocurriría citar a padres que no dispusieran de una hora para algo así. En eso pensaba cuando empecé a escribir esta

novela que trata sobre la vida del hijo de un superhéroe.

El chico se llama Franco, y el superhéroe es Crashman, alguien que defiende a la Tierra de los ataques mutantes extraterrestres. Franco vive rodeado de muñecos “Crashman”, figuritas “Crashman”, armas de juguete como las de Crashman y cómics, películas y programas que recrean las aventuras de su padre, quien, naturalmente, es una especie de ídolo de los niños.

La historia que escribí arranca en el preciso momento en que Franco ya no puede divertirse con esos juguetes y la celebridad de su padre deja de importarle. La abundancia en que vive empieza a no significar nada en comparación con otras riquezas que cree ver en la vida de otros chicos.

Franco hace un último esfuerzo por “recuperar” a su padre y, como fracasa, simplemente sale a la calle a vivir cualquier aventura que se le presente.

¿Y Crashman? A Crashman lo imaginé como a un soldado armado hasta los

dientes con el equipamiento más sofisticado. Está preparado para volar por el espacio y combatir ataques de fuerzas poderosas, pero al mismo tiempo es torpe, casi estúpido, para desenvolverse en la vida cotidiana. Con su mente atenta a posibles alarmas o llamados de los Administradores de la Tierra, no puede llevar a cabo actos tan sencillos como tomar un café o escuchar lo que su hijo le reclama.

El tiempo en que está situada esta historia es un poco impreciso. Se parece mucho al presente, pero, a la vez, hay una sola administración para todo el planeta y presencias fantásticas como la de los mutantes o el mismo Crashman.

Bueno, si más o menos salió lo que yo quería, en el transcurso de esta novela de ¿aventuras?, tanto Franco como Crashman se darán cuenta de un par de cosas de esas que sirven para vivir. Ojalá les guste.

RICARDO MARIÑO

Un chico triste

Francó no era como cualquier chico: era hijo del famoso superhéroe Crashman, quien defendía a la Tierra de los mutantes extraterrestres. A su papá lo veía muy poco, no tenía mamá, y, como vivía bajo medidas de extrema seguridad, no salía a la calle si no era para ir a la escuela acompañado por la señora que lo cuidaba y el chofer que el Gobierno le había asignado a su padre.

Últimamente el humor de Franco era pésimo porque estaba cansado de que Crashman dedicara todo su tiempo a luchar contra sus enemigos y no pudiera jugar un rato a la pelota, llevarlo a un parque, o aunque sea cenar o ver televisión con él.

La compañía más habitual del chico era Catalina, una mujer increíblemente

gorda que se ocupaba de la limpieza de la casa, de hacer la comida y de casi todo. Franco pasaba mucho tiempo junto a ella y muy poco con su padre.

El día en que finalmente las cosas iban a cambiar, el chico se levantó muy temprano para pedirle a Crashman que fueran juntos a la reunión de padres que se haría esa tarde en el colegio.

Eran las seis de la mañana y el sol se veía muy rojo saliendo entre los edificios más altos de la ciudad. Franco fue hasta la habitación de su padre y golpeó la puerta varias veces. Como no hubo respuesta pensó que su papá ya se habría ido o que tal vez esa noche no la había pasado en casa, pero de todas formas entró.

Crashman estaba tendido sobre las mantas, profundamente dormido. Tenía puesto el uniforme con partes metálicas, armas en la cintura y antebrazos, y altas botas con luces parpadeantes. Su traje humeaba un poco y tenía manchas negras de algo aceitoso. La expresión de Crashman era una

mezcla de cansancio y angustia, como si estuviera soñando con algo terrible.

Franco marcó la combinación en el teclado de la ventana para abrir una de sus hojas y ventilar un poco la habitación. Después trajo una toalla humedecida del baño y con delicadeza limpió la cara de su papá. Tuvo que hacer mucha fuerza para quitarle las botas y después, cuidadosamente, le sacó las armas (más de quince) y las dejó al costado de la cama. Su padre tenía ahora una expresión un poco más distendida y el chico se acostó a su lado, abrazándolo.

En cierto momento el padre murmuró “hijo”, aunque era evidente que seguía dormido. El niño se acurrucó junto a él y de a poco se le fueron cerrando los ojos.

De pronto sonaron varias alarmas y Crashman reaccionó como un resorte. En un instante estaba de pie y tenía un arma en cada mano, que automáticamente apuntó a Franco. Crashman tardó un segundo más en entender dónde se encontraba. Al fin echó una mirada a su alrededor y dejó las armas.

—Hijo...

—Papá, vine a decirte que...

Franco no terminó la frase porque el padre ya había salido de la habitación. En una sala lateral había una especie de mapa planetario luminoso, incomprendible para el chico, al que Crashman solía mirar a cada rato, cuando se encontraba en casa.

Mientras observaba esa pantalla, Crashman cambió pequeñas baterías de su traje, reemplazó partes de las armas y verificó el funcionamiento de sus aparatos de comunicación. Franco conocía la versión infantil de todo ese equipamiento, porque en las jugueterías vendían trajes de Crashman completos, que emitían curiosos sonidos y encendían cantidad de pequeñas luces.

—Necesito que vayas a una reunión de padres del colegio —dijo Franco, descontando que su padre no le prestaría atención.

—¡Me encantará ir a esa reunión, hijo!

Franco sonrió satisfecho. Pero luego arriesgó otra pregunta:



—¿Hoy no habrá ataque de los mutantes?

—¿Eh? Sí, claro que habrá. Sabemos que intentarán destruir nuestro sistema de satélites.

—¡Entonces no podrás ir a la reunión!

—¿Qué reunión?

—¡La del colegio!

—¿Hay una reunión en el colegio?

—¡Sí, citaron a los padres!

—¿Para qué citaron a los padres?

—No sé, cada tanto hacen una reunión con los padres de los alumnos. Es obligatorio que vayas, papá.

—Claro, voy a ir.

—¿Y si los mutantes intentan destruir los satélites terrestres?

—¡Impediré que lo hagan, hijo!

—Entonces no podrás ir a la reunión de padres...

—No, claro que no, hijo.

—¡Dios!

Franco se sentó en el piso y se quedó mirando a su padre, tratando de comprenderlo.